

*Bip-bip-bip, bip-bip-bip, bip-bip-*

*Click.*

Son las cinco de la mañana en punto, Jules debe alistarse, desayunar, ordenar un poco antes de ir a prepararse para un largo día de entretener familias. Mira el techo un momento, abriendo y cerrando sus ojos para confirmar que no siente que se va a dormir otra vez. Se sienta sobre su cama y se estira, su cuerpo duele y no sabe por qué pero hasta cierto punto ya es normal. Sale de su cama para caminar hacia la cocina de ese pequeño alojamiento dado por la administración del parque y para buscar algo que pueda mantener su estómago lleno al menos hasta que pueda llegar a los camarines para vestirse con su disfraz.

Ya lleva un año trabajando, un año de levantarse a las cinco de la mañana, un año de usar el mismo hocico postizo de conejo que suele asustar a uno que otro niño, un año de levantarse con sus gemelos adoloridos sin saber el por qué de esto. Aun así, se traga su orgullo y va a trabajar. Le pagan bien, tiene donde vivir, no tiene nada de qué quejarse. ¿Verdad?

Con un gran y largo suspiro toma unas galletas que le quedaron en un frasco y decide que eso, más una taza de café, será su desayuno del día. Con muy poco entusiasmo se arrastra hacia su habitación, donde se quita su pijama para ponerse un conjunto simple de ropa: una camiseta, unos pantalones y una sudadera. Al acabar de alistarse, pone en una mochila lo necesario para ese día, su identificación de empleade, una botella con agua, su celular y su billetera. Se fijó la hora, cinco menos veinte de la mañana, perfecto. Salió de su alojamiento y se dirigió hacia los camarines.

---

Llegó a los camarines exactamente a las seis de la mañana en punto, siempre llegaba a esa hora. Prendió la radio que siempre se solía encontrar en la gran mesa que se extendía para que entren varios *performers* y se puso a escuchar lo que hubiese en el momento. Tenían una frecuencia propia del parque, pero esta no empezaba a emitirse hasta las seis y media, así que lo que había disponible era música que cada que terminaba una pista, había un anuncio de servicio público.

Una canción de dos minutos y veintiún segundos.

*“No salgas por la noche. Más vale prevenir que lamentar.”*

Otra canción de dos minutos y veintiún segundos.

*“Los casos de insomnio en trabajadores son comunes, ve a la enfermería por las mañanas para conseguir melatonina.”*

Otra canción más, esta de dos minutos y veintidós segundos. Daban las mismas canciones, el mismo álbum todos los días. Aprendió a disfrutarlo. Esta tercera canción era su favorita, tenía sonidos de lo que parecían ser relojes o máquinas de escribir y hacían que se relajara un poco. Saber que estaba en horario o un poco más temprano para cualquier actividad le daba tranquilidad. Sentía por momentos que el personaje que interpretaba todos los días lentamente le estaba consumiendo, no recordaba ser tan ansioso con los horarios antes de trabajar en este parque...

*“Nunca permitas que la magia se acabe. Una sonrisa vale mucho más que una lágrima.”*

Había terminado la canción y había aparecido el mensaje que hacía que su piel se pusiera de gallina. Nunca cometió errores, pero escuchó de uno de los empleados que a un *performer* lo vieron grabando algo para sus amigos e inmediatamente lo llevaron con El Gerente. Dicen que lo despidieron... Pero en verdad nadie había visto nada, ni cuando supuestamente juntó sus pertenencias, ni cuando debería haber salido de las instalaciones. Era algo que nadie se atrevía a corroborar, así que era mejor creer que solo se había ido en un horario en el que nadie estaba despierto.

“El Gerente” no es una voz, un cuerpo, una cara... Hasta donde sabemos, “El Gerente” son solo palabras en un comunicado por correo, palabras que alguien más repite como si fuese un títere. Para muchos, “El Gerente” no existe... O simplemente es inalcanzable. De cualquier forma, eso no quita que estemos siendo monitoreados las veinticuatro horas del día y cualquier error por más pequeño que sea es un posible despido.

---

Ya son las seis y media de la mañana, y tal como debe ser el programa habitual de la radio comenzó a sonar. Los presentadores dieron los buenos días y mencionaron las novedades de ese día. Nuevos proyectos, reformas en distintos sectores, recordatorios sobre nuestra conducta... Y muy por encima lo que ocurre fuera del parque. Nadie entiende lo que Jules daría por volver a escuchar un noticiero fuera del parque.

Mucho tiempo para reflexionar no hubo. Uno por uno comenzaron a llegar otros *performers* y los maquilladores a hacer su trabajo como siempre. Se podía escuchar el agradable sonido de charlas tranquilas, gobernadas por el cansancio y el sueño de personas que apenas se habían despertado o que no habían

descansado bien. Charlaban sobre futuros proyectos personales, lo que harían cuando decidiesen cambiarse de trabajo... Jules no deseaba exactamente irse de Mirapark, pero deseaba tener otro trabajo que no fuese *performer*. Sentía una mayor conexión al ver los animatrónicos de ciertas atracciones moverse, o cuando visitaba el departamento tecnológico de Mirapark y les hacían mantenimiento a sus extremidades de metal. Elle estaba seguro de que había puesto en su resumen inicial su experiencia y estudios en el área de robótica, así que no sabía cuál era la razón de su trabajo actual.

Se veía al espejo y se preguntaba si de verdad estaba condenado a este trabajo por toda su vida, o al menos una buena parte de esta, y si en su tumba iban a recordarle como alguien que se maquillaba y actuaba, o como alguien con pasión por lo electrónico y tecnológico... O incluso si su cuerpo llegaría a ser visto por su familia siquiera.

---

Al final de su día de trabajo decidió pasar por el departamento tecnológico, varios empleados ya sabían quién era Jules, y como sus comentarios solían ser útiles, dejaban que se quedase hasta que cerraran. Ese día le había tocado mantenimiento su animatronico favorito, Andy. Este era una especie de bartender y presentador en uno de los restaurantes temáticos de la sección del Viejo Oeste. Era una reliquia del parque ya que el cuero que usaban de piel se veía tan real que, en su primer día de funcionamiento, hubo una subida en visitantes para verlo. Llegaron a especular incluso que se había utilizado piel humana real, pero lo más probable es que haya sido de algún animal.

Este animatronico era precioso en los ojos de Jules, su mecanismo permitía que se moviese libremente por el restaurante, y que se vieran como un humano real para aquellos que no conocían su personaje muy bien. Su diseño era igual de encantador, con una piel morena, ojos del color marrón más chocolate que alguien pudiese pensar y el pelo castaño oscuro, ondulado y un poco largo, recogido en una sofisticada cola de caballo. Su ropa era muy estereotipada, con una camisa blanca abotonada y unos pantalones de vestir negros, zapatos lustrados del mismo color y el conjunto entero siendo adornado por un delantal blanco, una chaleco rojizo y un moño azabache. Jules nunca lo dijo, pero llegó a convencerse de que era más que un animatronico, que detrás de esos ojos mecánicos había un alma real.

Su piel, su mirada, sus movimientos, sus palabras... Todo se sentía demasiado real. O tal vez era solo un problema de Jules y su incapacidad de encontrar qué era lo que le faltaba en sus conexiones con humanos.

---

Por la noche, Jules volvió a su vivienda y se hizo una cena rápida. Su cabeza le había estado doliendo así que decidió tomarse un ibuprofeno. Fue hasta el baño y buscó el botiquín que el parque le daba a sus empleados. Este tenía cosas como desinfectantes, curitas, vendajes, etc. Lo más peculiar es que todo tenía el logo de Mirapark, tenían sus propios laboratorios y todo.

Jules no soportaba más el dolor de cabeza, se tomó el remedio y se fue a dormir, pensando en cómo el día siguiente iba a ser igual que este.